

Benjamín Jarnés y su teoría de la novela

Benjamín Jarnés es el mayor representante de la novela estilística, una de las direcciones de la literatura deshumanizada. Benjamín Jarnés, Francisco Ayala, Max Aub y Corpus Barga, entre otros, intentaron la búsqueda de una nueva literatura, coordinada con las inquietudes europeas de su tiempo. Intento fracasado. Antes Unamuno, Azorín y Pérez de Ayala habían abierto nuevas vías al futuro de la novela. El camino se cerraba a la modernidad y después de la guerra, la novela volvía a los métodos anticuados del siglo XIX.

Hacia 1934 la literatura española se debate entre dos polos enfrentados, la corriente estética y la corriente comprometida. En las revistas *La Gaceta Literaria* o en *Revista de Occidente* habían convivido los dos grupos. Pero hacia 1934, como un preludio estético del enfrentamiento civil de 1936, los dos polos se distancian y dirimen con la pluma y con la lengua sus diferencias.

En enero-febrero de 1934, aparece el número uno de la revista *Literatura*¹. Sin manifiesto o carta de presentación, la página inicial, firmada por Benjamín Jarnés, es un artículo que titula «Ejercicios». Es un fino análisis sobre la producción de la literatura española en aquellos días. Al principio de su trabajo habla de los libros de viajes y distingue a los escritores que informan, reporteros o geógrafos, y a los escritores que sólo hablan de ellos, que hacen libros de escritor.

Luego Benjamín Jarnés centra su artículo y escribe sobre la politización de la época, denunciada ya en otras revistas como *Frente Literario* (de curioso nombre guerrero), también de 1934. Jarnés critica la limitación de horizontes a que lleva la política; ésta socava la literatura y la utiliza. Denuncia el empobrecimiento espiritual a que conduce tal situación, solapada o manifiesta: «Gran parte de la producción literaria de estos días viene padeciendo un fuerte amago de fiebre política que contribuye a reducir

¹ *Literatura*, revista bimensual, aparecida en Madrid en 1934, publicó seis números.

dolorosamente el campo donde libremente debieran circular las ideas». La fiebre política es una enfermedad social. La politización es una hipertrofia que invade otros espacios de la realidad, un desequilibrio que amenaza a la misma libertad. Especie de locura que rompe la normalidad de la vida cotidiana. Hablamos de politización y no de compromiso político, imprescindible. La politización es la inflación de la política, vacía, peligrosamente, de contenido. La politización, enemiga de la estética y del pensamiento, es retórica y vana. Desdeña la palabra y la metáfora, pero cae en la palabrería.

La crítica de Jarnés se afila en ironías cuando escribe: «Pronto será mucho más difícil leer un libro que escribirlo». Tal es la confusión. La intencionalidad, el descaro, el oportunismo, la venta de ideas salvadoras, denuncias, desengaños, consignas, condenas, todo se sirve a bajo precio.

El escritor aragonés critica la confusión de los géneros de pura invención, que deben estar más alejados del retorcimiento político: «Géneros literarios que podrían parecer exentos de toda epidemia momentánea, sufren de la misma estrechez y del mismo espíritu de combate». El malestar de la literatura no sólo se manifiesta en el artículo o en el ensayo, géneros más propios del debate. La fiebre política alcanza a todos los géneros, incluso a la novela, el más lúdico e inventivo, el más vital: «La misma novela no suele ya escribirse para poner en evidencia un fragmento de vida de éste o aquél sino para machacar el frente opuesto».

Jarnés denuncia la peligrosa polarización de los españoles que los llevaría al desastre y a la lucha fratricida de 1936, polarización no sólo política, sino también artística y literaria.

Se habla, o no, según la ideología, del compromiso de los escritores. Pero el escritor ni es un esteta inmaculado en su urna de cristal, ni un comisario político. Ambos excesos son detestables. Jarnés denuncia la tendenciosidad política de aquellos días —ya un preludio de la guerra civil— donde la novela perdía la sustancia artística, vital, para ser un medio utilizado, un subgénero sin identidad al servicio de la propaganda: «Así queda la novela convertida en panfleto, en tratado de estrategia, en colección de arengas y sucesos vistos por un solo costado».

El cartel, el pasquín, eran medios directos, baratos, utilizados como propaganda al servicio de la literatura o de la política. Utilizar la novela como panfleto, ideología sin estética, era una grave usurpación. La novela, sea de tesis o poemática, ideológica o estética, es primeramente novela o no lo es. El panfleto, un arma cargada de presente, busca la rentabilidad rápida de la propaganda. No es una literatura con futuro, ni le interesa. Al servicio de la política más urgente sacrifica la estética por la praxis inmediata. Jarnés, representante de la novela poemática temía la usurpación del panfleto, no la oposición de una literatura comprometida, como necesi-

rio equilibrio, sino la destrucción de la misma novela aniquilada por arenas demagógicas. La literatura deshumanizada era la modernidad frente al realismo periclitado, un avance inseguro frente a la tradicionalidad establecida. Frente a Jarnés, experimental y poemático, Arconada volvía a conectar con la tradición y el realismo (ahora social). La revista *Octubre*² donde se corona a Stalin como a un gran escritor, es un claro paradigma de literatura politizada, convertida en pasquín de propaganda y panfleto ideológico.

Hay una literatura envenenada, escrita con la lengua, a veces con la pluma, en las tertulias de café, en las capillas de los periódicos, en las trastiendas de las editoriales. La clase intelectual abandonaba la cátedra o los libros por el parlamentarismo hueco o el mitin callejero. La vida cultural perdía su sustancia propia y se politizaba. Unamuno, Ortega o Azaña intentaban regenerar la política enraizándola en los problemas nacionales. Pero había surgido la politización como una excrescencia desmesurada, la descalificación del contrario como sistema, el chismorreó, la pacotilla. El primer tercio del siglo XX fue una época creadora que se consumió a sí misma. Los vanguardismos crearon y destruyeron en muy pocos años todo el universo real y posible. La poesía pura fue un refinamiento de Juan Ramón (y Valéry), apenas una flor de temporada. La generación de 1927, que tanto debe a la vanguardia, sacrificada en las grandes guerras literarias, elevó el valle a cima inalcanzable. Contra la pureza exagerada de la literatura, parecía inevitable la revolución³. Así lo entendieron, entre otros, Alberti o Arconada.

Toda poesía es revolucionaria. Toda poesía, creadora, nueva. La estética o la comprometida. Jarnés o Juan Ramón, eran tan comprometidos en su estética nueva (y también en su compromiso político) como podían serlo Alberti o Antonio Machado. Huidobro o Neruda, podían ser ejemplo de dos éticas estéticas que en el fondo coincidían. Jarnés era un hombre de letras y le desagradaba la vulgarización de la política, la caída de algunos compañeros de pluma en la más artera demagogia. Reclamaba exigencia intelectual y responsabilidad cívica.

En el panorama literario convivían tres generaciones: los hombres consagrados del 98/modernismo, maestros pero ya no activos creadores de la transformación; el grupo del 27, ya maestros o todavía ejecutores de los cambios estéticos; y la nueva generación de 1936, que hacia 1934, daba sus primeros pasos en revistas como *Literatura*, *Frente Literario* o *Cruz y Raya*. La poesía pura había muerto en su capullo de seda antes de ser mariposa (crisálida juanramoniana). La literatura deshumanizada no se abría camino entre el público. La literatura comprometida, impura⁴ todavía no había encontrado la inspiración histórica que le proporcionaría la guerra civil. Hacia 1934 la literatura parecía empobrecida, mientras germinaba

² *Octubre*, revista de escritores y artistas revolucionarios, aparecida en Madrid durante los años 1933-1934, publicó seis números.

³ Véase el interesante libro de Juan Cano Ballesta: *La poesía española entre pureza y revolución 1930-1936*, Gredos, Madrid, 1972.

⁴ Sobre el tema véase el manifiesto de la revista *Caballo verde* para la poesía, Madrid, octubre de 1935, con el título bien explícito: «Sobre una poesía sin pureza».

La revista *Caballo verde* para la poesía publicó cuatro números y cubre el período de octubre de 1935 a enero de 1936.

la nueva generación. Escribe Jarnés: «Habría que suscitar un careo entre las producciones literarias de estos días. Veríamos así qué elementos verdaderamente recién nacidos, incrementaban la historia literaria después de eliminar toda la pacotilla del momento, todo lo manipulado en redacciones, tertulias de café, pasillos de cámara y otras fábricas de actualidad». Antes como ahora, la literatura, real y perdurable, no es todo lo que se anuncia y se vende. Los intereses creados, la estética o la ideología dominada desde el comercio o la política, pregonan libros y nombres que luego no son. Jarnés, un contemporáneo de la modernidad, sabía que se pregonaba y vendía mucha novela por liebre, amparada por intereses grupales, por políticos o negocios bien ajenos a la buena literatura. No estaba de acuerdo con los postulados estéticos que se vociferaban, ni con los productos literarios que eran la consecuencia. «La novela debe ser un taller de desnudar espíritus. El novelista ante todo es un testigo del mundo. No su juez; algo más que un cronista». Descubrir el alma y la vida ante el espejo de la verdad, requisitos programáticos que ya estaban en Dostoyevski o en Flaubert, no enmascararla frente a la moral. El escritor no está al servicio de la política, ni siquiera de la educación. La literatura como creación es su único compromiso.

¿Cómo ser testigo y no parte interesada o juez? He ahí la difícil ética del escritor, su amor a la verdad por encima de la fácil tendenciosidad. Jarnés era consciente de que como creador su misión era innovar, abrir nuevos caminos a la novela. Ahí estaba su compromiso, estético y ético.

¿Fracasó Jarnés en su teoría y práctica de la novela? No nos atreveríamos a mantener tal aserto. Jarnés, miembro activo de la literatura deshumanizada, era coetáneo de las transformaciones que se producían en la literatura europea. El fracaso, en todo caso, es de la novela española, anquilosada y marginal a los cambios, o de las circunstancias políticas que han contribuido al retraso, tan evidente. De triunfar la tendencia de Jarnés y sus compañeros de generación, de haberla superado, muy otros hubiesen sido los derroteros de la novela española actual, que no acaba por encontrar un sitio propio y de igual en el panorama europeo.

Amancio Sabugo Abril